

# Relecturas (en plural)

por Andreu Martín



Arthur Conan Doyle.



Andreu Martín.

## La obra de A. Conan Doyle

**M**e imagino la sonrisa perversa de Victoria Fernández, de la revista *CLIJ*, cuando me propuso que relejera *Estudio en escarlata* y le contara mis impresiones al respecto. La imagino perversa porque una relectura presupone una lectura, representa recuerdos, y por tanto sentimientos, y sobre todo implica el descubrimiento de lo que hubo realmente, al margen de lo que nosotros creíamos que había, y de lo que hay ahora, al margen de lo que nos gustaría que hubiera.

Todo un ejercicio de introspección, que suelen ser los más crueles y, por tanto, los que provocan mejores sonrisas perversas en quienes los promueven.

Hace tiempo, conocí a una muchacha con vocación de escritora que me confesó, gozosa, que cada año experimentaba la necesidad de releer (creo que eran): *Ana Karenina*, *Madame Bovary* y *Ulises* (o quizá lo del *Ulises* me lo invento y fuera otra, no sé, realmente me parece excesivo). Al oírla, comprendí cómo debe de sentirse un

católico tibio, rutinario, de misa de dos y pare de contar, frente a un místico predicador de la Verdad, ávido de martirio y en pleno arrebató. No me creo presa fácil del espíritu de la relectura, entre otras cosas porque mis estanterías de lecturas imprescindibles y atrasadas están repletas y, cuando termino un libro nuevo, tengo ya otros cincuenta, más nuevos aún, esperándome allí encaramados. No obstante, podemos decir que el fervor de aquella futura colega se me contagió de inmediato, y en seguida se me manifestaron los síntomas de culpabilidad, inseguridad y zozobra que me son tan propios. Y, al regresar a mi casa, tiré a la basura el libraco infame que estaba devorando y recuperé de entre el polvo las obras maestras mencionadas, a las que sumé *El rojo y el negro*, *Crimen y castigo*, *Por el camino de Swann* y otras tan indiscutiblemente maestras como las citadas (bueno, creo que *Ulises* se me olvidó).

Significativamente, debo hacer notar que no eché mano de los *Cuentos populares rusos*, el primer libro que me entusiasmó hasta el punto de robarlo en mi más tierna infancia; ni ninguna de las recopilaciones de relatos de Guillermo Brown, que tanto influyeron en mis juegos, y por tanto en el modo como me enfrenté a la vida; ni *Cal saber encaixar*, de Stanley Ellin (inérito en castellano, que yo sepa), el primer libro que me leí de un tirón, entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada de un día glorioso; ni *Cosecha Roja*, de Hammett, un indiscutible clásico que desde las primeras páginas definió mi trayectoria literaria. Y podríamos elucubrar ya

acerca de esas omisiones, que nos remitirían al enfrentamiento entre la cultura inconfesable y la cultura obligatoria: los libros innombrables que hicieron impacto en nuestro inconsciente modificando nuestras creencias y nuestra forma de vida, turbándonos a nuestro pesar y condicionando nuestro futuro, y cuyos títulos provocan hoy nuestro sonrojo, frente a aquellos otros, recomendadísimos, que deberían habernos provocado experiencias sublimes y sólo nos hundieron en profundos letargos.

Tiene todo esto que ver, no sólo con el impacto emocional que toda relectura trae consigo, como decía al principio, sino con el desasosiego que me provocó la evidencia de que poco o nada recordaba yo de aquellas capillas sixtinas que me encontré en las manos. No era ya que, al leerlas por primera vez, no hubiera levitado ni escuchado campanas de gloria, o que pudiera dividir mi vida en el antes y el después de su disfrute: era que no podía recordar de qué trataban. En mi torpe memoria, *Madame Bovary* se resumía a un marido cornudo que me había divertido especialmente; *Crimen y castigo* era la historia de una majara que se carga a dos viejas a golpes de hacha y luego lo pasa fatal; *El rojo y el negro* traía a mis mentes un seminarista que descerraja a su amada un pistoletazo en una iglesia, y *Ana Karenina* era aquella señora que se tiraba al tren.

Cuento sin pudor todo lo anterior para hacerles comprender que la relectura de aquel montón de libros fue (está siendo, porque todavía dura) un auténtico descubrimiento cuyos placeres y aportaciones analizaré en otro momento. Pero, sobre todo, sirvió como punto de partida para cuestionarme seriamente lo que significa, no la relectura, sino la primera lectura de un libro. Por lo que la propuesta de la revista *CLIJ* para que hablara del tema me llevó a exclamar lo tópico: «Me alegro de que me haga esta pregunta...».

En la consiguiente recuperación de *Estudio en escarlata*, como en las otras, jugó un papel más importante mi capacidad de olvido que mi memoria. De momento, me confundí, situando la primera lectura de esta obra en mi adolescencia. Pero, al acudir a la letra C (de Conan Doyle) de mi estantería de policíacos, resultó que estaba muy equivocado. Yo había conocido al fabuloso personaje en una edición de Molino de *El sabueso de los Baskerville* (sic) y en una edición de Aguilar de *Las aventuras de Sherlock Holmes*. El ejemplar que poseo de *Estudio en escarlata* es en catalán y muy reciente y mi desmemoria absoluta me hizo suponer que o no lo había leído, o no me había gustado, o me había dejado indiferente. Cuando pasé a leerlo, me di cuenta de que existían otras posibilidades, aparte de éstas.

Por alguna razón, se me había borrado por completo la presentación del doctor Watson y la forma como conoció a Holmes. En cambio, el recuerdo de la pelea en la casa vacía y algún rasgo de ingenio (como calcular la estatura del superviviente por la

altura a que se encontraba la pintada) fue inmediato y diáfano. Sin embargo, el relato había sido archivado con los otros Conan Doyle de mi adolescencia, de tal forma que pensé que, acaso con otro título, este cuento u otro muy similar se encontraba en la recopilación de Aguilar. La revelación me vino con la segunda parte de la novela (*El país de los santos*), que me llevó de inmediato y sin duda al día y a las circunstancias en que leí el libro por primera vez: vacaciones en Lanzarote después del rodaje de la película *Sauna*, anteayer como quien dice. Y, así como la primera parte se había destacado en mi memoria como discreta fosforescencia (una más de las aventuras sherlockianas), la segunda parte centelleó con vida propia, pero totalmente desvinculada del relato de enigma y deducción. Porque era una historia del Oeste. Una historia de *cow-boys*, rancheros, caravanas en el desierto, pioneros y persecuciones a caballo.

Me pregunté por qué se nos olvidan unas lecturas y recordamos otras. Y el ejercicio de relectura devino análisis de un tipo de amnesia. Durante la experiencia, traté de evocar (muchas veces inútilmente) con qué ánimos me había acercado a los clásicos por primera vez, con qué intensidad había vivido los dramas que me contaban, hasta qué punto había disfrutado y a partir de qué momento me había aburrido y seguido adelante sólo para cumplir rigurosamente con el compromiso adquirido con la Cultura. Me



Geo Hutchinson

GEO HUTCHINSON.

planteé también si aquel prematuro acercamiento a los grandes autores fue realmente provechoso para mí. Me resulta sospechoso ser capaz hoy de repetir exactamente y con alborozo ocurrencias, acontecimientos y gags, escritos por Richmal Crompton o por P. G. Wodehouse o por Dashiell Hammett, y ser incapaz, en cambio, de hacer lo propio con la obra de Stendhal. Y quizá lo peor no es eso, sino que semejante carencia no me quita el sueño y que, para acabarlo de arreglar, los paseos del señor Swann y la señorita Odette me sumen todavía hoy en estados de profundo sopor.

Te enfrentan las relecturas a la exigencia impuesta por una Cultura de mayúscula excesiva. Quién impone qué libros deben haberte gustado, qué debes recitar con los ojos en blanco y cuáles son las improntas frívolas, banales y vergonzantes que debes desterrar inmediatamente de tu alma.

Nos encontramos a lo largo de nuestra vida con incidentes que nos parece que se nos están grabando a fuego lento sobre la piel, destinados a perdurar como tatuajes indelebles de bolero hasta el momento de la destrucción de nuestros cuerpos, y que, apenas meses después, evocamos como simples anécdotas insulsas. En cambio, la sonrisa casual de un desconocido, o una frase cualquiera en medio de una conversación trivial, pueden perdurar en nuestra mente como revelaciones luminosas. Y eso no es bueno ni es malo, ni siquiera depende de nosotros. En todo caso, habrá que pensar que nuestro acervo cultural se alimenta cuando quiere y de donde quiere, al margen de nuestras pretensiones.

¿Qué es para mí *Crimen y castigo*? ¿El enconado esfuerzo del adolescente que se abrió paso entre las tortuosas peripecias del tortuoso Raskólnikov, puesta más la atención en ese trabajo heroico, inevitable y trascendental que le aupaba a las cimas de la Cultura, antes que en el argumento que se le relataba? ¿O la simplista



GEO HUTCHINSON.

e irreverente frase que me vino a la cabeza, como resumen, años después, al sacar la novela de la estantería? ¿O quizá el análisis que de ella puedo hacer hoy como novela policíaca dentro de la más estricta ortodoxia, con un acto criminal y una investigación como ejes esenciales de la narración (ignorando las protestas estúpidas de quien diga que *Crimen y castigo* es «más que una novela policíaca», porque no sé qué significa ese *más*, como no comprendería a quien, por defender a Rembrandt, dijera que uno de sus cuadros es *más* que el arte cubista)?

¿Qué es para mí *Estudio en escarlata*? ¿Una novela policíaca más o menos tramposa, dignificada por un estilo exquisito y un buen diseño de personajes? ¿Una historia amena que me entretuvo bajo el sol de las Canarias, como podría haberme distraído una charla insustancial con mi vecino de sombrilla? ¿O una historia del Oeste? ¿O todo a la vez? No cabe, en caso de que optemos por esta última solución, meter las tres respuestas en un mismo saco. Porque yo no lo hice. Inconscientemente, seleccioné y coloqué la historia sherlockiana con sus afines y la aventura del Oeste en un anaquel propio.

Partamos, pues, de la base de que, de una forma u otra, por un motivo u otro, mientras leemos, seleccionamos la información que nos llega, y la ordenamos a nuestro modo, como se ordenan los folios en mi despacho: unos quedan en la superficie, a mano y a la vista, y otros se pierden sepultados bajo montañas de otros folios, y frecuentemente no sabría dar una explicación satisfactoria al fenómeno.

El auténtico valor de una obra literaria, como el de cualquier otra manifestación artística, reside en la mayor o menor profundidad de la huella que haya dejado en nuestro inconsciente, en nuestra forma de ser, de ver, de expresarnos, de sentir, de imitar, de discutir.

Y la profundidad o superficialidad de esa huella no depende, naturalmente, de la importancia con que la Cultura Oficial destaque la obra en los libros de texto, ni de las expresiones de aprobación o escándalo de quienes se saben de memoria lo que hay que saber y lo que hay que sentir para ser como es debido. Ni siquiera depende únicamente de los excelsos valores presuntamente contenidos en la obra ni de ese concepto vago que es la sensibilidad de cada quien, como si nos refiriésemos a la sensibilidad inmutable y medible de una película fotográfica.

Todo ello influye, naturalmente, tanto lo que nos gusta como lo que no, pero lo más importante somos nosotros. Nuestro estado de ánimo en el momento en que leíamos, nuestra receptividad y nuestra capacidad de concentración en aquel momento, las alegrías y los disgustos que precedieron o siguieron a la lectura. Variables impredecibles que, unidas a las variables que condicionaron al autor en el proceso de la creación, o al traductor cuando cumplía su cometido, hacen de la lectura de cada libro una experiencia única, personal e intransferible, tan íntima que nadie puede dictar leyes sobre ella. ■